

“¿Hay algún ser humano que se dé cuenta de lo que es la vida mientras la está viviendo...de cada minuto?”

(Emily en *Nuestro pueblo*, III)

Sobre Thornton Wilder

El dramaturgo, novelista y profesor estadounidense, Thornton Wilder nació en 1897 y murió en 1975. Su extraordinaria labor literaria le mereció en tres ocasiones el prestigioso Premio Pulitzer. En 1928 ganó el Pulitzer de narrativa por su novela *El puente de San Luis Rey* (*The Bridge of San Luis Rey*). Diez años más tarde, en 1938, recibió el Pulitzer de teatro por *Nuestro pueblo* (*Our Town*), reconocimiento que repitió en 1943 con el drama *La piel de nuestros dientes* (*The Skin of Our Teeth*).



Sobre *Nuestro pueblo*

Hace ochenta años que *Nuestro pueblo* sorprendió al público con su aparente simpleza y engañosa sencillez. Con un título sin pretensiones comienza una obra teatral dividida en tres actos: “La vida cotidiana”, “Amor y matrimonio” y “Muerte y eternidad”. En el pueblo ficticio de Grover’s Corners, que muy bien podría ser “nuestro pueblo”, nos topamos con una escenografía minimalista y un jefe de escenario (presentador, director, comentarista, corrector, actor, cronometrador, guardián del más allá y ente omnipresente) que desde el principio se dirige al público y destroza la llamada “cuarta pared”. En esta instancia metateatral, nos

* Notas de la puesta en escena del Teatro Rodante bajo la dirección del profesor Dean Zayas, Teatro Julia de Burgos, 29 de mayo - 7 de junio de 2018.

guste o no, el pueblo es nuestro, y en la cápsula del tiempo colocada en la primera piedra del nuevo banco de los Cartwright, somos parte del guion que alguien excavará en mil años.

El escenario casi vacío y la ausencia de artículos de utilería visibles provocan que nos concentremos en los personajes, sus palabras y sus gestos. En los tres actos, en un pueblo común y corriente, gente común y corriente habla del clima, fenómeno que los humanos no pueden controlar. El clima cambia, pero no así la mentalidad del pueblo. En el centro de la acción los miembros de familias con apellidos monosilábicos (Webb y Gibbs) resisten



el cambio como si fueran la testaruda yegua Bessie. Todo aparenta ser una monótona repetición de lo que es la existencia humana.

Los personajes “como encerrados en pequeñas cajas” dejan a un lado sus pasiones y deseos (el París de la Sra. Gibbs, el béisbol de George o la educación de Emily) para integrarse sin reparos al círculo de la vida humana, ya sea terrible, ya sea maravillosa, según lo asegura la Sra. Soames

después de muerta. Porque son, curiosamente, los muertos, en el proceso de desligarse completamente del mundo físico y sus ataduras y de olvidar, como si se tratara del río Leteo de la mitología griega, los que tienen tiempo para reflexionar sobre la condición humana. Los muertos miran con desdén a los vivos porque ellos, los muertos, ya han olvidado que alguna vez también estuvieron vivos y creen que la eternidad es un privilegio que viene con la muerte.

En fin, lo que *Nuestro pueblo* propuso en 1938 y lo que propone en 2018 no cambia, porque la naturaleza humana es la misma. Antes de los ataques de reuma, el lecho de muerte y la lectura del testamento...debemos hacer lo que nos apasiona, buscar la felicidad, disfrutar de la belleza y mirarnos y escucharnos, de manera que, como lo expresa Simón Stimson, evitemos “desperdiciar el tiempo como si tuviera[mos] un millón de años por delante” o por lo menos, parafraseando a la Sra. Gibbs, tratemos de ver un país donde no se hable inglés y, más todavía, donde la gente no quiera hablarlo”.